

Los manuscritos de *La isla misteriosa* (II)



William Butcher

(Este artículo es la continuación de un texto publicado en el número 27 de Mundo Verne correspondiente al segundo cuatrimestre del 2018, p. 28-37)

Fe y locura

El nombre de dos de los colonos evoluciona a medida que se elabora la novela. En IM1, el marino tiene el apellido auténtico «Cracroft» hasta el regreso de la isla Tabor (II XV), «~~Cracroft~~ Pencroff» entre IM2 I II 12 y XXII 168, y «Pencroff» en las otras tres partes autógrafas (JG, p. 21). El nombre del reportero, «~~Not~~» en una sección de la puesta en limpio,¹ será «Gédéon» más tarde. En cuanto a su apellido, mientras que la forma definitiva «Spillett» no está acreditada, «Spillett», que se ve en una parte del

manuscrito (JG, p. 72), es también un apellido auténtico.

Para reemplazar «Secret Harbor», Hetzel sugiere «Balloon Harbor» (JG, p. 76); y ahí donde Verne escribe los cabos «North Mandible» y «South Mandible», el editor garrapatea: «~~Al diablo, estos nombres no dicen nada a oídos franceses si tienen un significado, por qué no traducirlos~~» (IM2 II XX 158). En este caso, el autor lo elude, insertando «*el cabo del norte como el del sur*». Algunos otros nombres, presentes en IM2, desaparecerán en el libro terminado, como «canal del Maine», «dunas de Albany», «cabo Gédéon» y «bahía Vermont». IM1 contiene «Massachusetts», «New Jersey» y «Vineyard», al parecer como lugares de origen de Smith, de Harbert y de Pencroff.

El «*lago Ontario*», que será sustituido por el anodino «*lago Grant*», es un recuerdo de las «mil islas del lago Ontario, tan admirablemente descritas por Cooper» (IN XVIII), divisadas por Verne el 11 de abril de 1867, durante su viaje en América (VF XXXVI).

Guermonprez (JG, p. 17 et 73) observa que la mayor parte de los nombres de lugares de la isla Lincoln tienen apelaciones francesas al principio, pero nombres (erróneamente) ingleses en IM2. Las denominaciones francesas de la edición se insertarán cuando las pruebas:

¹ Según JG, pág. 72, I XV 106-XVIII 133, p. ej. I XV 106.

IM1	IM2	Edición
<i>Port Secret</i>	<i>Secret Harbor</i>	<i>Port Ballon</i>
<i>Iowa-creek</i>	<i>Red creek</i>	<i>Creek-Rouge</i>
<i>Lac Ontario</i>	<i>Heart lake</i>	<i>Lac Grant</i>
<i>Bois Caroline du Nord</i>	<i>Bois d'Arkansas</i>	<i>Bois du Jacamar</i>
<i>Baie de l'union</i>	<i>Union Bay</i>	<i>Baie de l'Union</i>
<i>Baie Washington</i>	<i>Washington Bay</i>	<i>Baie Washington</i>
<i>Mount Franklin</i>	<i>Franklin-Mount</i>	<i>Mont Franklin</i>
—	<i>Serpentine Peninsula</i>	<i>Presqu'île Serpentine</i>
<i>Promontoire Massachussets</i>	—	<i>Promontoire du Reptile (Reptile-end)</i>
<i>Cap New Jersey (qui remplace Halifax)</i>	—	<i>Cap Mandibule (Mandible-cape)</i>
<i>Cap Vineyard</i>	—	<i>Cap de la Griffes (Claw-cape)/cap Griffes</i>
<i>Rivière Delaware/le Mercy</i>	<i>Mercy River</i>	<i>La Mercy</i>
—	<i>Îlot Grant</i>	<i>Îlot du Salut (Safety-island)</i>
—	<i>East Land</i>	<i>Plateau de Grande-Vue-grande-vue</i>
<i>Marais Kentucky</i>	<i>Ducks Fenn</i>	<i>Marais des tadornes</i>
<i>Rock House</i>	<i>Rock-funnel(s)</i>	<i>Les Cheminées</i>

Es sin duda el editor quien propone la construcción de un «railroad» en la isla Lincoln (IM2 II VII 55). Verne incorporará la idea de «un ferrocarril», como hipótesis irrealista, para introducir inmediatamente, como tantas veces, una gran duda irónica sobre tales productos insensatos de la «imaginación, cuando se mezcla la fe».

Cuando Hetzel observa que los colonos no tienen bastante tiempo para com-

pletar sus diversas tareas, Verne reemplaza «la tercera semana de diciembre» (IM2 II VIII 57) por «la primera semana de enero». El editor sugiere también que, para salvarse, los colonos podrían lanzar un mensaje en una botella o atado a un ave (II VII 52). Verne le contesta sarcásticamente, a través de la voz de su narrador: «Gédéon Spilett había pensado ya varias veces [...] en echar al mar una nota encerrada en una botella

[...] Pero ¿cómo esperar seriamente que palomos o botellas pudiesen salvar la distancia [...] de mil doscientas millas? / Hubiera sido una locura» (II XI).

Según Guermonprez (59), el editor, en unas treinta líneas ocultas por un papel pegado, reincide desarrollando un poco después estas sugerencias para la

«Il est incertain sur cela & une voie de conjecture, qu'il est été difficile de dire s'il portait sérieusement au naufrage.
Néanmoins on se jeta sur le singe qui se défendit vaillamment, mais qui ~~mourut~~ ^{fut} bientôt ~~tué~~ ^{garotté}.
«Oui! s'écria Pencroff et qu'est ce que nous en faisons maintenant?»

«Un domestique!» répondit Harbert.

Et en parlant ainsi, le jeune garçon ne plaisantait pas tout à fait. ~~car il savait~~ ^{qu'il avait} le parti que l'on peut tirer de cette race intelligente ^{des quadrumanes}.

~~Ces deux êtres~~ ^{Après cela} s'approchèrent alors du singe et le considérèrent attentivement. Il appartenait à cette espèce des anthropomorphes dont l'angle facial est pas sensiblement inférieur à celui des Australiens des Molènes. C'était un orang, et qui, comme tel, avait ni la ferocité du babouin, ni l'intelligence du macaque, ni la malpropreté du dauphin, ni les impatiences du rhinocéros, ni les ~~instincts~~ ^{instincts} du cinnocéphale. C'est à ces orangs que se rapportent tant de traits qui n'ont que chez ces animaux, une intelligence quasi humaine.

«¿Por qué no hace usted de este mono un mono domesticado por Nemo»
(IM2 II VII 47) (Nantes : 83-13)

En una carta, Hetzel observa: «No ha utilizado bastante a Jup, verá usted que he añadido algunas cosas» [¿22? sept. De 73]. Cuando la captura del orangután, en efecto, sugiere: NB ¿Por qué no hace usted de este mono un mono domesticado por Nemo [...] en compañía de monos salvajes podrían resultar cosas [...] muy cómicas, como p. ej. en su primera comida [...] Cyrus se queda estupefacto, palidece, y ya no dice una palabra durante toda la comida (IM2 II VII 47).

educación de Jup, a propósito particularmente de una botella, un florero y un ave (IM2 II VII 52).

Verne ignora todavía, en su mayoría, estas ideas estrafalarias. Pero estas primeras menciones al capitán quedan así, cosa curiosa, de mano de Hetzel —lo que refuerza la hipótesis según la que sería el mismo Hetzel quien propugna la exhumación de Nemo, desaparecido en el Maelstrom de 20M.

En la misma carta, Hetzel hace un resumen útil de sus diversas críticas, tan

virulentas como siempre, y casi un copiar-pegar de las de OR2: «Lo que le falta al conjunto de este libro es que sus personajes no parecen muy unidos entre sí. Tampoco son suficientemente distintos por su lengua, su carácter» [¿22? sept.].

Incluso después del principio de la publicación de esta segunda parte, Hetzel continua acosando al autor con ideas, no siempre constructivas. Así, un año después de sus anotaciones sobre el manuscrito, descubre repentinamente que Smith no es exactamente un parangón de concisión y de modestia, efecto deseado, seguramente, y desea ver modificaciones: «mando adjuntas las dos galeradas 8 y 9 [...] hay una página de reflexiones de Cyrus [sin duda en II VII-XI o XVI] que es un pusilánime [...] más valdría que Cyrus no dijese nada en vez de hablar como lo haría a veces M. Prudhomme» (19 sept. 74).

Recaída

En el borrador, Verne redacta un episodio fascinante de cuatro páginas, que presenta la exploración de la locura de Ayrton y así el comienzo de su curación, gracias a la intervención amistosa de Smith. A pesar de ser largo, lo creo no sólo bastante importante, en términos de las concepciones vernianas de la locura y del lenguaje humano, sino

también interesante como relato, para presentarlo aquí:

Capítulo 16 / Algunas modificaciones — La palabra le vuelve al naufrago. *Un misterio a esclarecer* — Diez años de abandono. — Observación de Pencroff. El aislamiento del hombre. Harbert y el Jaguar. Abnegación del hombre. La historia de los colonos.

¡Sí! ¡El desdichado salvaje había llorado! Algún recuerdo, sin duda, había atravesado su mente. La razón le había vuelto por un instante con las lágrimas y, según la expresión de Cyrus Smith, había vuelto a ser hombre con sus lágrimas. Luego, había vuelto a caer en seguida en esta inconsciencia de sí mismo que no era más que un verdadero embrutecimiento.

Pero, como había dicho Cyrus Smith, se podía tener una real esperanza de salvar a esta alma. A partir de este día, todos los demás intereses cederían ante éste, y los colonos duplicaron sus cuidados y su celo hacia su salvaje compañero.

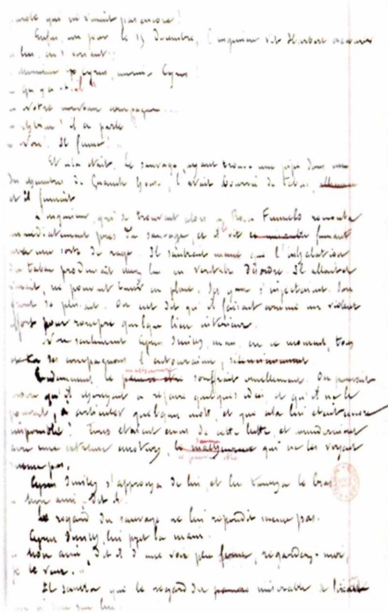
Unos días después de esta escena, éste se había vuelto más sociable, y buscaba a sus compañeros los colonos en vez de huir de ellos. No hablaba, pero los miraba. Su trabajo que no entendía aún parecía interesarle vagamente. Su mirada

era ~~menos~~ ~~vaga~~ ~~menos~~ perdida. Se fijaba en los objetos, y con una persistencia singular. Parecía así que este pobre ser mirara al interior de sí mismo como para descubrir su alma. En fin, poco a poco *participaba en la vida común*, y habían conseguido que comiera en la mesa, lo que aún hacía sólo de forma maqui-
 nal. Finalmente, consiguió manejar algunos utensilios: pudo utilizar un [leño] y trabajar en el huerto de East Land. *Cuando se paraba en su tarea, cosa que ocurría a menudo, cuando se quedaba desdichado y como concentrado en sí mismo*, Cyrus Smith se acercaba a él, le hablaba con precaución, ya no como a un loco sino como a enfermo, sin cansarse jamás, y al acecho [sic] de una respuesta, una palabra que todavía no llegaba.

Por fin, un día, el 15 de diciembre, el ingeniero vio a Harbert correr hacia él gritando: / «¡Señor Cyrus!, ¡señor Cyrus! / — ¿Qué pasa? / — Nuestro nuevo compañero... / — ¡Qué! ¿Ha hablado? / — ¡No! ¡Fuma!»

Y así era. El salvaje había encontrado una pipa en una de las habitaciones de *Granite House*, la había llenado de tabaco, y fumaba.

El ingeniero, que se encontraba en ese momento en *Rock Funnels*, volvió a subir inmediatamente junto al salvaje, y lo vio al miserable fumando con rabia.



«Era como si le transfundiera su alma, su inteligencia» (IM II XVI 125) (Nantes: 83-12)

Parecía incluso que la inhalación del tabaco producía en él un verdadero desorden. Iba y venía, sin poder quedarse quieto, con los ojos injectados. Su frente se arrugaba. Parecía como si hiciera un esfuerzo violento para romper algún lazo interior.

En ese momento no sólo Cyrus Smith, sino todos sus compañeros le rodeaban, **silenciosamente**.

Evidentemente, el ~~pobre~~ ~~ser~~ ~~infeliz~~ sufría cruelmente. Se podía creer que intentaba rehacer algunas ideas y no podía, que intentaba articular algunas palabras y le resultaba imposible. Todos

veían amistosamente esta lucha y consideraban con una emoción extrema a este infeliz desdichado que ni siquiera los veía.

Cyrus Smith se acercó a él, y *le tocó el brazo* [...] Pareció que la mirada del desdichado se fijaba poco a poco en él. / «¡Escúcheme! ¡se lo ordeno!» dijo entonces el ingeniero. / El salvaje pareció prestar atención. *Parecía estar bajo la influencia de Cyrus Smith, como un magnetizado bajo el poder de su magnetizador.* Todos estaban impacientes. / «¡Escúcheme!» dijo por fin Cyrus Smith. / Cogía las dos manos del salvaje. Las apretaba con fuerza. Era como si le transfundiera su alma, su inteligencia, ya que éste le estaba mirando en ese momento, le escuchaba, quería comprenderle. Sus labios se movían, intentaban balbucear... / «— ¡Habla, habla!», gritó Cyrus Smith. / Pasaron unos minutos. Los labios del salvaje volvían poco a poco a encontrar esta facultad de articular las palabras a las que ya no estaba [*sic*] acostumbrados, y por fin se escaparon estas palabras: / «¡Tabor! ¡Tabor! ...»

Sus primeras palabras habían sido para la isla desierta donde había vivido, sus primeras miradas, se puede decir así, fueron para buscar de este modo la tierra donde su razón se había desvanecido. Se precipitó hacia la ventana de Granite House, miró el mar: y repitiendo estas palabras: «¡Tabor!, ¡Tabor!» se precipitó hacia la puerta, y ahí, agarrando

la cuerda del ascensor, se dejó resbalar hasta el suelo con la agilidad de un mono.

Los colonos se lanzaron tras él. Temían que el salvaje quisiera escapar. Unos instantes después que él, estaban en la playa.

Pero el desdichado no había querido huir. Se paseaba muy agitado. Intentaba, evidentemente, reconocer los lugares, y en sus recuerdos que volvían poco a poco, ya no encontraba los sitios de la isla Tabor, ni el bosque que tanto tiempo le había protegido, ni la casa en la que sin duda había pasado los primeros años de su exilio.

Por fin se detuvo. Sus compañeros lo rodeaban sin pronunciar palabra alguna. Pareció verlos por primera vez. Por primera vez, su mirada reconoció a unos seres humanos.

Fue directamente hacia Cyrus Smith. / «¿Quién es usted? preguntó. / — Unos hombres que le han salvado, amigo mío, unos compañeros, unos amigos. / — ¿De dónde? / — ¡De la isla Tabor! / — ¡Tabor!, ¡Tabor! repitió el salvaje, que se agarraba la cabeza con las dos manos, y parecía querer arrancar de su cerebro algún recuerdo terrible / — ¿Y estoy en Europa? preguntó / — No, contestó el ingeniero, lejos de Europa... en el océano Pacífico... en una isla vecina de la suya. / — Allí Tabor ¡allí! Gritó señalando el oeste [...]

Los colonos no querían perturbar su aislamiento y se ocuparon de diversas maneras en la playa sin perderle de vista. Para proteger su mente, era preciso evitar que se creyera prisionero. Por otra parte, a menos que se le atara o aprisionara, hubiera sido difícil impedir que huyera, por lo ágil y fuerte que era, y más valía dejarle libertad de movimientos [...]

Luego se alejó rápidamente, como si le hubiese costado decir estas palabras. Había vuelto al sitio que ocupaba en la playa e, inmóvil, miraba al Océano. Después, se paseó, seguía agitado [...] observando el acantilado, y mirando de vez en cuando Granite House. Se veía que intentaba evitar a los colonos, que no quería ir hacia ellos.²

El gran interés de este pasaje reside en su exploración de la esencia de la naturaleza humana. Una de las fuentes sería la introspección del autor: su familia ha sufrido varios episodios de locura, lo que quizás crea una duda en su fuero interno en cuanto a la posibilidad de caer él mismo en ella. El estilo del pasaje es propio del Verne clásico: simple, con pocas palabras polisilábicas, una relación objetiva de hechos observables, marcado sin embargo con una emoción casi palpable.

2 IM1 II XVI 124-127. Porcq (pág. 165) cita las doce líneas que preceden «[...] se había desvanecido».

Ayrton empieza a salir del estado animal gracias a una introspección profunda — y gracias al tabaco. Como en la escena en la que el orangután fuma, se sugiere así la hipótesis, ligeramente controvertida y por eso difícil de admitir, que el placer del tabaco constituiría un elemento esencial de la condición humana. La etapa siguiente de la curación hace intervenir los lazos con la tierra. Ayrton conoce por instinto, por las ondas magnéticas que le atraen hacia ella — como Hatteras, el otro gran loco telúrico — la dirección precisa de su isla. Verne estaría explorando aquí el inconsciente, campo en el que, algunas décadas más tarde, Freud subrayará la importancia de los acontecimientos del pasado para comprender los actos aparentemente irracionales. Hetzel, sin embargo, reacciona negativamente, y escribe una larga carta para criticar «el episodio de Ayrton», indicando que ha escrito numerosas «notas» en las hojas en cuestión.³ En su respuesta, Verne rechaza las críticas: «Todo lo que usted me dice del salvajismo de Ayrton carece de importancia para mí [...] lo importante es que siendo un salvaje vuelve a ser hombre» [¿23? sept. 73].

3 [¿22? sept. 73]. No queda claro a qué páginas se refiere, sobre todo porque sus notas han dejado poca huella. Lo más probable es que sea una versión de IM1 II XVI 124-127, o la escena inicial en la que los colonos devuelven a Ayrton a la isla Lincoln (II XV, cf. IM1 II XV 115-124), o bien una parte de los capítulos siguientes.

El editor rara vez es preciso en sus comentarios. Pero entre los elementos que no le gustan debe figurar: el eco de la curación por Jesucristo, quizás blasfemo a sus ojos; el elogio del tabaco; y sobre todo el empleo, poco científico, de una técnica que se aproxima al hipnotismo apreciada por Verne desde que asistió a las sesiones públicas de un «magnetizador» llamado «Alexis»⁴ (28 de junio de 50 a su padre).

A pesar de su fuerza, este episodio, sin tachar en IM1 pero ausente en IM2, permanecerá inédito. En su lugar aparecen sentimientos nobles y una curación que quedó en su casi totalidad sin explicación.

«Difícil de digerir, ¿verdad?»

En la tercera parte del borrador, con una notable simetría, Verne presenta una enfermedad de Harbert, corporal esta vez.

El chico sufre los efectos de una bala disparada por los piratas. Después de examinarlo, sus compañeros concluyen que no sólo la bala ha entrado por la espalda, sino que ha salido por el pecho. Es Spilett quien sugiere este diagnóstico y, a pesar de las «palabras poco téc-

nicas» que utiliza, debe explicarlo dos veces al obtuso Smith (IM1 III VII 55-56). Esta escena, a pesar de la lección que da sobre la observación de cosas y el razonamiento lógico, gusta poco a Hetzel quien, en IM2, escribe un comentario que provocó sin duda su tachadura (VIII 61-62).

*D'accord, mais qui va y aller ?
 - Tu n'as pas de matériel. Ça se fera en une belle dose de sang.
 - Mais... Vous n'avez pas de...
 - Mais...
 On se rappelle que le Voyageur était le frangin de Pencroff
 et que l'homme même était un seigneur bien fin d'échelle
 le Voyageur...
 Mais Harbert ne se souvenait pas de l'effacement de
 Voyageur.
 - Connaissez-vous Pencroff, car c'est ça qu'il faut
 savoir pour passer devant quelques jours commencent
 pour un voyageur cette balle qui m'a été entrée
 par la bouche... Voilà que c'est d'urgence, je ne
 compte, un peu plus d'urgence que la vie, l'équilibre, un peu
 d'urgence à faire un voyage... pour le genre...
 pour dans l'équilibre qu'il est à moi... tout de bon
 sans dire d'une ligne... Bon! Pas facile à digérer
 - Et... se fait! Attendez à passer dans les...
 de votre un coup bien agité, et après...
 Parait que vous en avez...
 le...
 - Non, non, Pencroff...
 - Avec ça qu'il y a un Dieu avec Harbert...
 Et Harbert souvenait avec l'histoire de Pencroff, dans un
 et temps après lui...*

«La bala, un buen día, sale de forma natural» (IM1 III VIII 66)

Como Harbert no se cura, el bueno de Pencroff, trata primero de convencerle de la poca gravedad de su estado, hablando de su propia experiencia. Después de una entrada en materia, que contiene unas diez líneas inéditas, el marino continúa con más entusiasmo:

4 Se trata del parisino Alexis Didier (1826-1886), hipnotizador célebre, que, entre 1842 y 1855, entra en trance para leer, con una precisión sorprendente, en la mente de los asistentes o incluso para leer textos ocultos.

¡Cómo no se acuerda usted de esta bala que me entró por la boca ...! ¡Aquello sí que fue peligroso, vamos, un poco más peligroso que la suya, hijo mío! ¡Imagínese el trayecto de esta bala singular! Por el gaznate... luego por el estómago que recorrió por entero sin desviarse ni una línea... ¡Bueno! ¡Difícil de digerir, verdad! ¡Obligado a pasar [sic] a los intestinos!... Un golpe bien ajustado y después, los intestinos... Parece que tenemos por lo menos una longitud de veinte pies... La bala, un buen día, sale de forma natural... (IM1 III VIII 66).

Sigue un diálogo donde Spilett muestra su incredulidad. Sólo en la conclusión Pencroff confiesa: «— Pero, hay una cosa que no le dije a Harbert. / — ¿Cuál, Pencroff? / — ¡Es que esa bala, la había tragado por descuido!» (66).

Pero el brazo del chico se hincha y su estado empeora. Como Spilett está muy inquieto, Smith lo examina, y deciden aplicarle unas «cataplasmas de harina» (66). A pesar de las pruebas evidentes, el ingeniero no busca la razón de la hinchazón, once días después de la herida, emitiendo falsas hipótesis. Pretende incluso: «No debemos temer nada» (67), al mismo tiempo que sugiere la posibilidad de una amputación. Otra vez tengo la desafortunada obligación de omitir las 500 palabras en cuestión, para volver a los acontecimientos del día siguiente:

[El] 24 de noviembre, los dolores sufridos por Harbert fueron incomparablemente más intensos. Harbert no quería causar mayor aflicción a sus amigos, e intentaba dominar sus quejas, pero no lo lograba siempre. Pencroff estaba desesperado. Hubiera querido sufrir mil veces todo lo que sufría su pobre chico. Acudía a Gedeón Spilett. Le suplicaba que aliviara a Harbert. Le decía:

— Hay que hacer alguna operación, ¡inténtela sobre mí para aprender!» Gedeón Spilett apretaba las manos del desdichado Pencroff, pero sin poder decirle una palabra de consuelo. La situación de esta pobre gente era terrible.

Ese día la piel de la parte superior del brazo de Harbert se dilató como si estuviera a punto de romperse. Se puede imaginar lo que debía de sufrir el pobre chico. ¡Mordía las sábanas para no gritar!

Gedeón Spilett examinaba otra vez el brazo hinchado, en este sitio como una vejiga.

«Cyrus, dijo, parece que este tumor quiera reventar. Es la naturaleza la que obra de esta manera. Pues bien, ¡ayudará a la naturaleza! ¿Confías en mí, Harbert?

— Sí, señor Spilett, respondió Harbert.

— Pues, ¡ánimo, hijo mío!»

Y Gedeón Spilett, pálido pero decidido, tomó su cuchillo de hoja bien afilada, y con una mano que no tembló, hizo una incisión en cruz en la parte del brazo tan asombrosamente tumefacta.

Harbert no profirió un solo grito, pero, de pronto, un objeto pesado cayó al suelo...

«La bala, gritó el reportero. ¡Ah! un verdadero médico habría sabido desde hace tiempo que estaba ahí.»

Era la bala, en efecto, que después de haber perforado el tegumento del hueco de la axila, había entrado en la parte superior e interna del brazo, y se había detenido entre la piel y el cóndilo interno del húmero.

«¡Ah, Harbert, estás salvado! gritó Pencroff, que tuteó al chico por primera vez (IM1 III VIII 68-69).

Después de unas 140 palabras de discusión, llegamos a la moraleja de la historia:

A partir de este día, su estado mejoró visiblemente. Gedeón Spilett creyó poder afirmar que empezaba la convalecencia.

Así pues, después de tantos oficios como ya habían desempeñados [sic] en la isla Lincoln, la necesidad había transformado a estos colonos, en médicos, en cirujanos. En esta ocasión, como en tantas otras, habían procedido por razonamiento, habían apelado al espíritu

metódico, ¡al buen sentido lógico que tantas veces les había sido útil! Pero no hay que olvidar que eran hombres instruidos en todas las cosas, por decirlo así, y de sus conocimientos generales sabían sacar alguna enseñanza aplicable en muchas circunstancias.

Pero ¿no llegaría el momento en el que se encontrarían ante un hecho brutal para el que la naturaleza sola lo puede todo y la inteligencia humana no puede nada. Si la enfermedad de Harbert hubiese exigido el empleo de un raro remedio específico, ¿lo habrían podido crear los colonos? ¡no! Hubiesen estado impotentes ante el mal, y es lo que una complicación mucho más grave iba pronto a demostrarles. (IM1 III VIII 69).

En el segundo manuscrito, estos diversos pasajes siguen anotados a lápiz por Hetzel, notas que Verne borra, más o menos, a la vez que tacha, con tinta azul, el episodio entero (IM2 III VIII 61-63). Lo sustituye por un breve pasaje, que permanecerá en la edición, en el que la bala no se queda en el cuerpo de Harbert, y que comienza así: «Por fin, las cosas parecían ir muy bien» (63).

Un tercer pasaje, también a propósito de las consecuencias de la tumefacción del brazo, también será suprimido,⁵ así como un comentario,

5 Como sigue: «[...] este nuevo estupor que aniquiló pronto a Harbert, unos instantes después

«jestos honrados colonos [...] impotentes, desarmados!» (IM1 III x 81). La pregunta, en la novela publicada, «¿Pero no vendría el momento en que toda su ciencia se equivocara?» (III IX), parece por consiguiente bastante gratuita sin el episodio en el que, precisamente, su saber se ha mostrado inútil. Así mismo, una conclusión moralizante, que parece entrar en conflicto con lo que el propio Verne habría podido deducir del episodio de Harbert, se impondrá *in extremis*: «los hombres se completan por el estado en sociedad, son necesarios los unos a los otros»

Era previsible, pero no por ello menos lamentable, que desapareciera así toda alusión a la digestión y con mayor razón a la defecación. Lo que une a la vez el perdigón de la primera parte, la anécdota intestinal y el episodio del sufrimiento de Harbert, es precisamente una bala que invade el cuerpo: ¿Habría intentado Verne incorporar el objeto extraño por excelencia en su texto o

de su llegada a Granite House. ¿Había pues un desorden interior del que no se podía dar cuenta el reportero? ¿Acababa de provocar el traslado alguna lesión, imposible de determinar? ¡Ay! ¡Les faltaba el diagnóstico a estos honrados colonos, que se encontraban impotentes, desarmados! ¿Qué podrían hacer? Esperar, tan sólo esperar, y ahora con menos esperanza que antes, ya que parecía que una recaída amenazaba a Harbert. Y si se aferraban a alguna esperanza, lo hacían pensando en la buena constitución del pobre chico, en su fuerza, en su vitalidad, y en fin porque tenían fe en quien tenía la vida de todos entre sus manos. / Harbert había caído de nuevo en un profundo sopor» (IM1 III x 81).

bien reciclar la caída de una peripecia desaparecida?

Es una grave operación, desde luego, mandar cortar, sin anestesia, estos pasajes dramáticos, cruciales para estudiar la cuestión de la posibilidad de la supervivencia, sin ayuda externa, en una isla desierta. Es posible que Verne intente así deconstruir el saber científico, demostrando que los conceptos básicos son accesibles a todo el mundo. Esta visión irreverente se ataca aquí a la medicina, y a su cumbre prestigiosa, la cirugía, que encuentra su base en los actos de la existencia cotidiana, pero que oculta su ignorancia fundamental bajo los vocablos sonoros. No es ninguna coincidencia que se haya suprimido de VF un pasaje a propósito de otra intervención quirúrgica, impregnada del mismo buen humor corrosivo. Sin embargo, podemos compartir la pena indudable del novelista al ver a sus lectores impedidos de conocer este episodio importante. La moraleja, versión Verne, subraya la impotencia de «~~la inteligencia humana~~» en muchas situaciones concretas, evidencia que molesta a Hetzel, con su preocupación constante de optimismo ingenuo y de espíritu de equipo.

De hecho, se conserva una carta en la que el editor manifiesta su aversión hacia todos estos pasajes, pero, desgraciadamente sin explicar, por lo menos

en términos específicos, sus razones: «El defecto capital es la descripción inacabable de la enfermedad de Harbert, es tan larga e irritante, tan exasperante que es como si fuéramos un enfermero obligado a dar una clase de medicina con un médico que sólo piensa en soltar su lección» (22 de enero74).

Finalmente, Verne no sabe el porqué de todas estas supresiones: «Cuando he escrito el episodio de la enfermedad de Harbert, he querido poner a gente que no es ni médico ni cirujano ante casos de medicina y cirugía. Ya veo que tendré que suprimir la cirugía.» ([23 enero74], cf. [mediados sept.73]).

Sea lo que sea, Hetzel manifiesta su satisfacción en el momento de las galeradas: «el asunto de Harbert está bien rordenada [sic] y condensada» (19 sept.74). El desbordamiento de satisfacción no es nada sorprendente, porque ha logrado suprimir 2.000 palabras, y eso sin protestas por parte de Verne — que guarda quizás su pólvora para una última batalla.

Sin embargo, incluso después de la publicación de la novela en el *Magasin*, el novelista recibe una carta de un tal doctor Adolphe Lereboullet (1845-1886), periodista en el *Temps*, novelista en la editorial de Hetzel (con el nombre de Prosper Chazel), amigo del editor y futuro copista de la obra de Verne/Hetzel hijo/André Laurie. Lereboullet criti-

ca la base médica del episodio de Harbert, incluso en su forma ampliamente amputada, reacción que el autor rechaza, con razón [4 agosto 75]. La desconfianza verniana hacia los médicos no data de esta época, pero se ve sin duda reforzada. En su fuero interno, debe de preguntarse por qué los «expertos» escogidos por Hetzel toman siempre su partido— y, más generalmente, qué vale el juicio literario del editor.

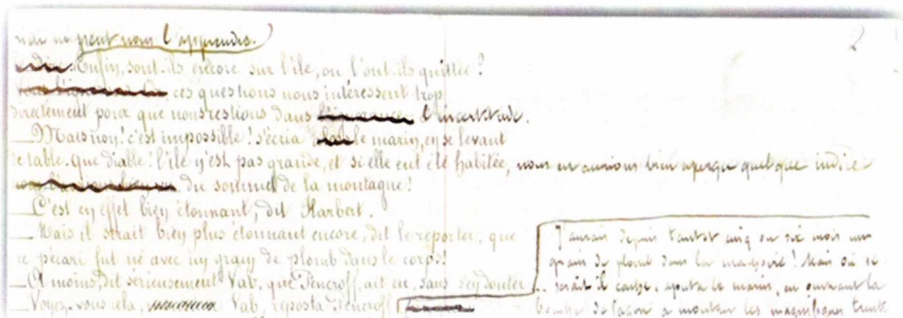
«¡Le perseguían como a un pirata o a un monstruo!»

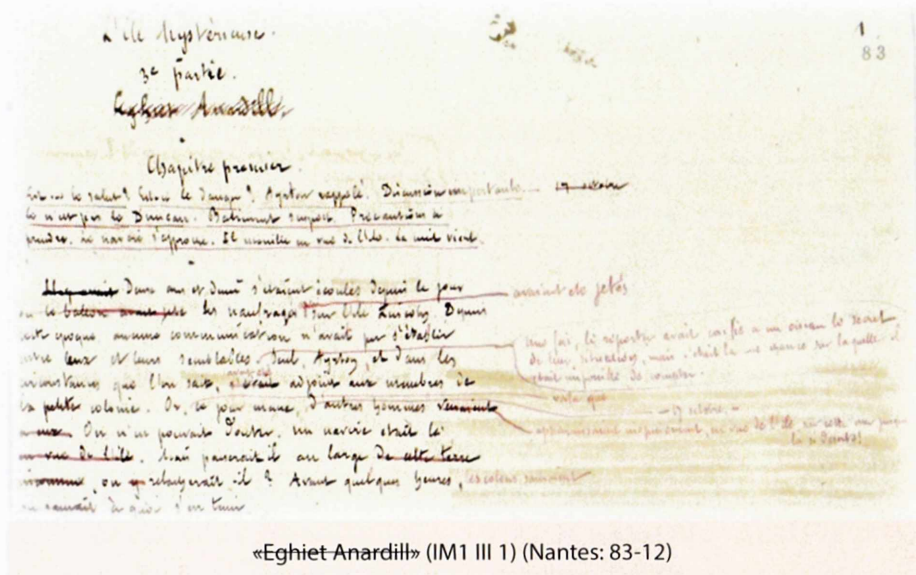
El lector de *La isla misteriosa* publicada se plantea muchas preguntas, entre otras en lo referente al destino del *Nautilus* después de su caída en el Maelstrom, a la presencia de Nemo en esta isla en particular y a la razón por la que se decide al fin a revelar su presencia. Las respuestas faltan, en efecto, en la novela, está claro, toda explicación concebible irrita obligatoriamente a los que respetan la lógica, la coherencia o, ante todo, la memoria del verdadero Nemo, el de 20M. Todo ocurre como si el fundamento mismo de la novela, la resurrección de Nemo, para cumplir con una misión absurda, para traicionar sus creencias más profundas, para, aparentemente, proferir unas mentiras puras y simples, fuera una noción esencialmente hetzeliana.

La presencia de Hetzel es evidente, cuando conocemos la clave del misterio, en forma de las múltiples inverosimilitudes que, desde el principio, presenta la isla. Imposibles de ocultar en la hojarasca, a veces introducidas aparentemente con el único fin de atraer la atención sobre la identidad de su autor, éstas son al parecer de la señal de una invención tardía, sin duda llevadas a la isla por el editor miope, sin ningún respeto por la topografía de la novela.

A partir del principio de la segunda parte, en efecto, Hetzel añade las palabras: «~~La isla no siempre había estado inhabitada. Ante [el acontecimiento] [...] del perdigón, era un hecho incontestable a partir de ahora y semejante revelación~~» (IM2 II | 2). Es una primera alusión a la presencia del príncipe Dakkar, que resultó ser el «verdadero» nombre del capitán Nemo — «verdadero» porque Dakkar, de nacionalidad india, dista mucho de parecerse al Nemo

auténtico de 20M. Ya que, en otros momentos de los manuscritos, Hetzel se preocupa por sus invenciones, comprobando su correcta inserción y puliéndolas sin parar, es posible que además del renacimiento de Nemo, el perdigón, en las cinco versiones sucesivas, esté ligado a sus intervenciones. Entre los objetos descubiertos en la caja providencial, Hetzel, en una entrada medio borrada, añade no sólo «*un Evangelio*», sino «una historia de la *dominación de la India*» (IM2 II || 13), totalmente inútil para los colonos, pero es otra señal, torpe, de la injerencia, entre bastidores, de Nemo/Dakkar. Verne obedece en los dos casos, explicando simplemente que se trata más bien de la «*dominación inglesa en la India*». Después de esta misma intervención, según toda probabilidad, Verne escribe un recordatorio personal — «<más ciencia>» —, así como su resultado, «*un diccionario de ciencias naturales, en seis volúmenes*» (13).





Se ha discutido muy a menudo acerca de los capítulos finales de IM, cuyos grandes momentos son la historia personal de Dakkar, el «juicio» de su vida, tanto por sí mismo como por los colores, y su muerte.⁶

Si los títulos de capítulo de IM1 corresponden ya a los del libro, el de la parte III, en vez del título «El secreto de la isla» publicado, es el sorprendente

6 Esta última sección se beneficia ampliamente de Dumas, Olivier, *Jules Verne*, La Manufacture, Lyon, 1988, pág. 124-133, estudio reproducido y ampliado en numerosos artículos posteriores del mismo especialista. En estos artículos se citan a menudo pasajes bastante breves, sin especificar cuál de los dos manuscritos citan, y normalmente sin tener en cuenta IM1, más importante, por estar más próximo a la intención original del autor. A pesar de la calidad evidente de estos artículos, es preferible finalmente dejarlos y tener en cuenta el contexto, incluidas las palabras hetzelianas garabateadas en el margen de IM2.

«Eghiet Anardill»,⁷ el nombre original del príncipe Dakkar.

En IM2 III, dos colores y dos tipos de tachaduras son visibles: el lápiz editorial y, como para ocultarlo mejor, el grueso trazo azul de Verne. Así mismo, las inserciones hetzelianas aparecen a veces entre líneas, confirmadas por Verne, cuando hace falta, en azul en el margen. El resultado no es siempre afortunado: «Toda fuerza faltaba a este cuerpo [de Nemo] antaño tan robusto», se convierte, por ejemplo, en el pobre:

7 1. Así mismo, los capítulos III XIV-XIX comprenden «Eghiet Anardill <Dakkar>»; este último nombre no figura en la primera concepción de Verne. Aunque «Anardill» comparta una raíz con «anarquista», los nombres Anardill y Eghiet siguen siendo misteriosos. Anardill vuelve a aparecer sin embargo en la segunda obra del *Tour du monde* (1874), donde es pariente de Aouda — y en *Le Seigneur des anneaux*.

«La fuerza iba a faltar [...]» (IM2 III xvii 135).

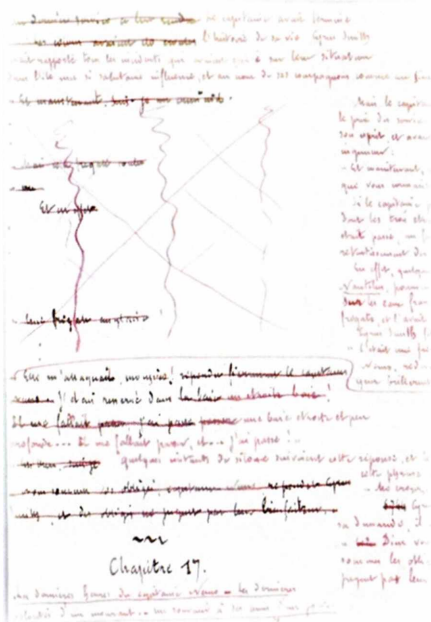
Después de haber encontrado a los colonos, Anardill quiere contar su juventud:

Y volvía a contar su historia, queriendo contarla entera y, sin duda, justificar su existencia, la vergüenza y descargarla del anatema que pesaba sobre su nombre sobre ella. / *El capitán Nemo era un Indio*, el príncipe Dakkar, hijo de un rajá independiente del Bundelkund, y sobrino del héroe de la India, Tippo-Saib. Su padre le mandó, a la edad de diez años, a Europa para su educación. / De los diez años a los veinte treinta años Eghiet Anardill el príncipe Dakkar, inteligente, muy dotado, grande de corazón y de espíritu, trabajó, se instruyó <en todas las cosas,> y en derecho, en ciencias, en letras, en artes, hizo amplios y profundos estudios. / Eghiet Anardill <El príncipe Dakkar> había viajado a todas las cortes de Europa. su nacimiento y su fortuna hacían que le buscaran, pero las seducciones de este mundo, a la vez tan pretenciosas y tan nula [sic]; no le atraían nunca. Joven, entonces y aún encantador, con toda esta [...] encanto que tienen los tipos inmortales de Byron, <guapo, encantador, podía, hubiese podido gustar, y sin embargo> permaneció serio, sombrío, devorado por una un implacable <mente> odio, encadenada a su corazón (IM1 III xvi 138-139).

El pasaje contiene pocos elementos desconocidos, excepto, en primer lugar, algunos toques interesantes, como la comparación con Byron — que también luchó por Grecia. Además, aprendemos mucho sobre el encanto de Dakkar: a pesar de su desdén hacia las «seducciones de este mundo, a la vez tan pretenciosa y tan nula», idea stendhaliana, «podía, hubiese podido agradar».

La ideología de la novela se revela después en la escena en la que Nemo vuelve a ver el episodio del navío hundido de 20M. Los dos manuscritos de IM llevan aquí las señas de un verdadero zafarrancho. Como en los esbozos, un diálogo de diez líneas queda vacío, exceptuando la inserción de algunas palabras dispersas:

~~un último servicio que hacerles. / los colonos habían sido escuchados <El capitán había terminado la historia de su vida [...] «Y ahora, ¿soy un criminal? / . / . / Pero esta fragata hundida / vo / Y en efecto / . / . / . / — ¡Una fragata inglesa! / . / . / . / <Pero el capitán Nemo no quería pedir como reconocimiento el precio de los favores que había hecho. Un último pensamiento agitaba su mente, y antes de apretar la mano que le tendía el ingeniero: / «Ahora, señor mío, dijo, me cree usted ahora que conoce mi vida ¿Me cree usted un~~



«¡Los protegidos no juzgan a su bienhechor!» (IM1 III XVI 143)

(Nantes: 83-12)

criminal? / Si el capitán *hablaba así*, es que un hecho terrible, un hecho un grave incidente [...] Cyrus Smith aludió a esta horrible catástrofe. / «Era una fragata inglesa, gritó el capitán Nemo, transformado de nuevo y por un instante en el príncipe Dakkar, y cuyos ojos brillaban con el fuego del odio ¡una fragata inglesa! / > ¡Me atacaba! respondió con orgullo el capitán Nemo. Estaba encerrado en la bahía una bahía estrecha! Tenía que pasar, y [...] ¡pasé!» <una bahía estrecha y poco profunda... tenía que pasar, y... ¡pasé! / Unos instantes de

silencio siguieron a esta respuesta y el capitán Nemo pronunció de nuevo esta frase con una voz sorda: / «¿Cree usted que soy un criminal?» / Cyrus Smith tendió la mano al capitán, y, a petición suya, sólo contestó con estas palabras: / Dios le juzgará, príncipe Dakkar. En cuanto a nosotros, somos los protegidos del capitán Nemo, y ¡los protegidos no juzgan a su bienhechor! > / «Bueno, ¿soy / Somos sus protegidos, capitán Nemo, respondió Cyrus Smith, y los protegidos no juzgan a su bienhechor» (IM1 III XVI 143).

Además de las pocas modificaciones estilísticas, notemos las diversas variantes para describir el episodio de la nave destruida: «un hecho terrible», «un grave incidente» y una «horrible catástrofe». La última fórmula, en particular, refuerza nuestra impresión, creada por el manuscrito de 20M, de una añoranza — pero ¡no de un remordimiento! — por parte de Nemo.

Por otra parte, Pencroff, que representa invariablemente el buen sentido popular, defiende las acciones del capitán (Smith se constituye en portavoz de las ideas de Hetzel):

«¡He aquí un hombre! dijo por fin Pencroff. ¡y un barco! <¿Se puede creer que <haya vivido en el fondo del Océano? y cuando pienso, que no[...] encontró allí la tranquilidad completa,

y que le perseguían como a un pirata o un monstruo. ¡No seré yo quien le reproche haber hundido esa fragata! ¡Le atacaba! ¡Se defendió, y tuvo razón! / — Este es un hecho que se apreciará de diversas maneras, respondió Cyrus Smith. Pero no hay que olvidar que el capitán Nemo quiso liberar a su país y rechazar a los opresores. No hay, amigos míos, tarea más noble, y el príncipe Dakkar me parece un héroe, digno de admiración y de respeto. / — Y yo añadido, respondió Gedeón Spilett, que como nos ha sido permitido, conocer su historia, tenemos el deber de rehabilitarlo, ¡si un día nos volvemos a encontrar entre nuestros semejantes!».⁸

Si la versión original de IM1 no critica al capitán, a partir de la versión corregida, Nemo y, a través de él, Verne, reniegan, como Galileo ante la Inquisición, de sus creencias más firmes. La idea del *Nautilus* «encerrado en [...] una bahía estrecha» es, en efecto, tres veces absurda: primero, al tratarse de un submarino tan rápido, por su propia inverosimilitud; luego, porque Verne la declara ridícula (29 abr. 69); y, finalmente, porque es falsa (20M II xxii). La explicación, que no lo es, tiene pues el

8 20M1 III xvi 147. Este pasaje importante continúa : « El *Nautilus*, observó entonces Harbert, quizás hubiera podido servirnos para dejar la isla Lincoln, y para llegar a alguna tierra habitada. / ¡Mil diablos! Gritó Pencroff, no soy yo quien me atrevería a dirigir semejante barco. Correr por los mares, vale, pero ¡bajo los mares, no!>>

interés de mostrar que Nemo, a pesar suyo, repite una invención asombrosa de Hetzel (29 abr. 69).

La pregunta angustiada, primordial, del capitán, «¿Cree usted que soy un criminal?», aparece cuatro veces en este corto pasaje. La duda verniana en cuanto al mejor momento para introducirla podría emanar del temor — justificado en este caso — a la reacción de Hetzel.

Sin embargo, incluso el estado sin corregir de IM1 no aclara el misterio de la puesta en duda tan evidente acerca de la posición anterior de Verne. Aunque el borrador muestre una gran duda en cuanto a una posible «criminalidad» de Nemo, no existen señales de intervención editorial. ¿Habría intervenido ya Hetzel, quizás de forma oral durante una lectura en voz alta?

Esta misma página en la puesta a limpio (IM2 III xvi 135) parece más clara. Tal como se podría esperar, la versión anterior a las correcciones, escrita por una copista, es idéntica a la versión revisada de IM1. Sin embargo, el margen entero está lleno de comentarios de Hetzel.

Hasta hoy, nadie ha visto, en la parte superior de la página, marcada para llamar la atención, una inserción editorial a lápiz, que proclama, con sus garabatos habituales: «He reflexionado mucho antes de escribir [...]» (135). Este preámbulo indica, a quienes conocen

Mr. Row
 Cyrus Smith compris l'allusion et demeura sans répondre.
 C'était une frégate anglaise, monsieur, s'écria le capitaine Verno, devenu my instant le prince Dakkar.
 frégate anglaise! Vous entendez bien! Elle n'attaquait!
 J'étais resserré dans
 une baie étroite et peu profonde... Il me fallait
 passer, et... j'ai passé!
 Quelques instants de silence suivirent cette
 réponse, et le capitaine Verno prononça de nouveau
 cette phrase:

Puis, d'une voix plus calme:
 "J'étais dans la justice et dans mon droit, ajouta-t-il. J'ai
 fait pour moi le bien que j'ai pu, et aussi le mal que j'ai dû.
 Toute la justice n'est pas dans le pardon!"

Que pensez-vous de moi, messieurs?
 Cyrus Smith tendit la main au capitaine, et à
 [redacted]
 [redacted]
 [redacted]

La demande et le regard de Cyrus Smith
 "Capitaine, votre tort est d'avoir cru que vous pourriez remonter le passé et
 venir avec cette justice la propre nécessaire. Le fait nous de ses erreurs
 que les uns admettent, que les autres blâment, tout Dieu seul est
 juge, et que la censure humaine doit être abscondue. Celui qui se frotte
 dans une situation qu'il voit bonne, on peut le combattre, on ne
 cesse pas de l'attaquer. Votre erreur est de celles qui n'entraînent pas
 l'admiration, et votre nom n'a rien à redouter des vengeances de
 l'histoire. Elle aime les héroïques folies, tout en voudrait savoir les
 résultats qu'elles entraînent."

Chapitre 17.

Les dernières heures du capitaine Verno - Les ~~événements~~
 suivants dans le moment - Un souvenir à ses amis dans son
 le souvenir du capitaine Verno - Quelques conseils aux
 leurs - Le moment suprême - Indépendance - Au point de la mort

La possession du capitaine Verno se souleva et sa main se
 tendit vers le ciel.
 "Aïe-je en tout, aïe-je en entier? Je mourrais-t-il."
 Cyrus Smith reprit:
 "Toutes les grandes actions remontent à Dieu, car elles viennent
 de lui! Capitaine Verno, les hommes que qui sont ici, que
 vous avez soignée, vous pleureront à jamais!"
 L'instinct s'était rapproché du capitaine. Il plaça les genoux,
 il prit sa main et la lui donna.
 Une larme glissa des yeux du mourant.
 "Mon enfant, dit-il, sois bon!"

Le jour était venu, aucun rayon lumineux
 ne pénétrait dans cette profonde caverne. La mer, haute
 en ce moment, se obstinait à s'inventer. Mais la lumière
 fautive, qui s'échappait en longs faisceaux à travers
 les saisis de glace du Vantillus, n'avait pas faibli,
 et la masse d'eau resplendissait toujours autour de l'
 appareil flottant.

Une extrême fatigue accablait alors le capitaine
 Verno, qui était retombé sur le divan. On ne pouvait
 songer à le transporter à grande force, car il avait
 manifesté sa volonté de rester au milieu de ces
 merveilles du Vantillus, que des millions y eussent
 pas posées, et d'y attendre la mort, qui ne pouvait
 tarder à venir.

Pendant une assez longue prostration qui le tint
 sans mouvement et presque sans connaissance, Cyrus
 Smith et Edouard observèrent avec attention l'état
 du malade. Il était visible que le capitaine s'
 déclinait peu à peu ~~sa~~ force ~~allait~~ ~~manquer~~ à ce corps
 subit et robuste, maintenant enveloppé ~~de~~ une
 âme qui allait s'échapper. Toute la vie était menacée
 au cœur et à la tête.

L'ingénieur et le reporter s'étaient consultés à voix

la retórica hetzeliana, que se trata de modificaciones brutales. Se descifran, en efecto, tres fragmentos injustos del editor, adoptados todos sin modificación por parte del autor:

[...] ¡pasé!» <Y, con una voz más tranquila: / «Estaba en lo justo y en mi derecho, añadió. He hecho por todas partes todo el bien que he podido, [Hetzl: [...] y también el mal] y también el mal que he tenido que hacer. ¡Toda la justicia no está en el [Hetzl: [...] perdón] perdón!»/ Unos instantes de silencio siguieron a esta respuesta, y el capitán Nemo pronunció de nuevo esta frase [...] : / «¿Me cree usted un criminal? [Hetzl: ¿Que piensan de mí, señores] Qué piensan de mí, señores?» > / Cyrus Smith tendió la mano al capitán y, a petición suya, sólo contestó con estas palabras: / — Dios le juzgará, príncipe Dakkar. Nosotros, somos los protegidos del capitán Nemo, y los protegidos no juzgan a su bienhechor⁹ (IM2 III xvi 135).

En la versión original, a pesar del «fuego del odio» en sus ojos — cuya desaparición habría podido prever Verne, en vista de los sinsabores de esta misma palabra en 20M —, Smith se

niega a llamar a Nemo «un criminal», o incluso, utilizando la palabra idéntica de la reconvencción de Nemo a Aronnax (20M II xxi), a «juzga[r]lo».

Después de la intervención hetzeliana, Verne, en su texto al margen, sigue en general la letra y el espíritu. El resultado, sin embargo, es un compromiso entre Hetzel, que odia al capitán, y Verne, que lo quiere. Desgraciadamente, este frágil equilibrio se destruye en la versión final, añadida más abajo en el margen. Se trata de la famosa condena del capitán hecha por Smith: «Capitán, su error ha sido creer que se podía resucitar el pasado, y usted ha luchado contra el progreso necesario [...] «Hijo mío, dijo, ¡Dios te bendiga!» (IM2 III xvi 135).

Este pasaje, tan poco conforme con el espíritu verniano, y que choca siempre a los lectores, es añadido bajo la presión editorial repetida. Se reconocerá la retórica familiar de «pechos» que se «levantan», de murmullos, de besamanos, de lágrimas que fluyen. El Nemo hertzelizado habla del mal que pudo haber hecho; el Smith alterado habla de «su error», de «errores», de «reproche», de «condena», todo ello mezclado con invocaciones a Dios. Este mismo personaje adulterado condena a Nemo por haber luchado «contra el progreso necesario» (III XVI). Es un comentario insidioso, un golpe bajo, porque la reputación creciente de Verne,

9 Inmediatamente antes de este pasaje, encontramos: «Cyrus Smith aludió a esta horrible catástrofe entendió la alusión y se quedó sin contestar. / «Era una fragata inglesa, señor, gritó el capitán Nemo, transformado de nuevo en el príncipe Dakkar, ¡y cuyos ojos brillaban con el fuego del odio! ¡una fragata inglesa! <Entiéndalo bien ¡Me atacaba!» /Me atacaba! ¡Estaba encerrado en una bahía estrecha y poco profunda!... tenía que pasar, y... pasó!» (135).

en los años 1870, se basa precisamente en ser el ideólogo del progreso científico y del positivismo, falsa reputación creada enteramente por el mismo Hetzel.

Independencia

La versión original de la muerte de Nemo, permanecerá también totalmente inédita:

El capitán Nemo decaía de hora en hora. se notaba que esta gran inteligencia se apagaría pronto iba a apagarse pronto. Sus ojos, cuando podía mantener mantenerlos abiertos, miraban todas las maravillas que le rodeaban, y luego se fijaban en estos hombres honrados y valientes a los que quería, y por quienes se había, por así decirlo, reconciliado con la humanidad. ¿Se borraba entonces de su recuerdo el pasado terrible? Pase lo que pase con los que van a morir, ¿pensaba en los días de su xxx xx relata los hechos más insignificantes de su niñez? ¿O de su juventud, pensaba entonces en aquellos días felices? ¿Veía de nuevo su existencia primera, en el palacio de su padre el rajá, las caricias de una madre que debía a los moribundos? ¿Había olvidado los sombríos episodios de su vida? ¿Existía sólo en este pasado lejano, que iba a acabarse tan rápidamente, y volvía o, de la mano de sus amigos recientes, se

ataba una última vez a sus amigos recientes con este mundo civilizado del que durante tanto tiempo había huido en la profundidad de los mares? / La noche había caído, aunque era imposible percatarse de ello en esta inmensa cripta, siempre iluminada por las luces eléctricas del Nautilus. Ninguno de los colonos había pensado en dejarla, ni en ver si la tempestad se desencadenaba fuera, si los fuegos del monte Franklin se elevaban bajo algún se desencadenaba fuera. Estaban allí como si hubieran sido enterrados profundamente en las entrañas del globo. / El capitán Nemo se debilitaba cada vez más no sufría, pero decaía.

Su bella y noble noble cara, pálida por la proximidad de la muerte, mostraba una actitud admirable estaba quieta[...] / Una o dos veces aún, se dirigió a los colonos situados a su lado, y que lo observaban en un respetuoso doloroso silencio. Les dijo algunas palabras amistosas. Sonreía. Les sonreía con esta última sonrisa que se prolonga casi en la muerte. / Pero pronto, se notaba que sus fuerzas se agotaban al fin [...] Y, murmurando esta palabra: «Independencia», expiró dulcemente, sin agonía, sin que su cara revelara ningún sufrimiento / Cyrus Smith, inclinándose, cerró los ojos de Eghiet Anardill <del príncipe Dakkar> del gran patriota indio, de que fue el capitán Nemo (IM1 III xvii 149-150).

Se pueden lamentar, en primer lugar, dos elementos que pronto van a desaparecer: la idea de los colonos, protegidos de los cataclismos, «como [...] enterrados profundamente en las entrañas del globo»; y ante todo la presentación, casi por primera y última vez, de los pensamientos de Nemo, que conciernen inicialmente a «sus amigos recientes», para después, en el *resumen* verniano clásico, empezar a remontar el curso de su vida.

La palabra clave, sin embargo, no sólo de esta escena, sino de la existencia entera del capitán, es «¡Independencia!». Aunque es sin duda la modificación más discutida del texto de Verne, nadie, aparentemente, se ha preocupado por estudiar la corrección, literalmente con lupa, ni por identificar, apoyándose en indicios, al autor del crimen. En los dos manuscritos, el encabezamiento del capítulo contiene también esta misma moraleja primordial,¹⁰ lo que implica que viene de muy lejos, quizás de la sinopsis de la novela.

En la puesta a limpio, en efecto, si el bloque gráfico contiene esta misma proclamación de «¡Independencia!» (IM2 III xvii 141), lleva también, primero una tachadura en lápiz como hace el editor, y una gruesa tachadura azul autógrafa. En el margen se ve la nueva versión con tinta azul, «*Dios y Patria*», de

la mano de Verne, superpuesta a una versión aparentemente editorial, en lápiz casi borrado.¹¹ La inserción comienza por «*Dios*» y contiene al parecer dos palabras adicionales, sobre todo porque es la misma persona quien corrige «esta palabra» por «*estas palabras*». En el libro, finalmente, el mensaje se verá aún reforzado por la exclamación: «¡*Dios y patria!*»

Tal modificación, catastrófica, sin duda de la mano de Hetzel, nos deja asombrados. En 20M, Nemo dedica su vida entera a oponerse a las sirenas del patriotismo, definiéndose más bien por su cualidad, muy moderna, de exiliado universal, de apátrida, de ciudadano libre. Si se ha transformado de golpe, en IM, en indio, es poco probable que crea en un solo Dios. En una palabra, la modificación debe rechazarse.

También podrían atribuirse al editor otras modificaciones. Verne copia, casi palabra por palabra, unas diez líneas de Hetzel, más o menos borradas: «*Harbert y Pencroft [sic] lloraban. Ayrton secaba sus lágrimas [...] el reportero se había transformado en estatua. / Cyrus levantó la mano por encima de la cabeza del muerto [...] volviéndose hacia los colonos [...]*» (141). En otras palabras, también la continuación, consistente en

11 Dehs (jv.gilead.org.il/forum/2010/04/0009.html) parece no haber tenido en cuenta la versión a lápiz cuando pretende, simplificando en exceso, que: « el cambio es [...] de la mano de Verne ».

sentimientos religiosos inapropiados, entre otros «*Que Dios acoja su alma*», parece estar o bien escrita por Hetzel, o por lo menos impuesta por él.

En 20M, Nemo está muy ufano de la perla gigante que cultiva con tantos cuidados (II III). Esta ha alcanzado la madurez en IM1, y Nemo quiere legarla a personas que la aprecien:

Un solo recuerdo les quedará del príncipe Dakkar de quien conocen ahora la historia. Ahí hay una perla, en esa vitrina. Esa perla, la mayor que existe en el mundo, la he dejado crecer durante veinte años en el tridácnido que la había producido, en el fondo de una gruta submarina del Océano. Vale más de diez millones. Es suya (IM2 III XVII 145).

A Hetzel no le gusta esta idea, dando instrucciones, acompañadas de una justificación arrogante, al escritor más popular del siglo: «No es cortés ni de buen gusto dejar así a su lector, disminuirá usted el precio de la perla, dirá que puede valer millones, pero la colocará entre 8 o 10 millones de diamantes, joyas, etc.» (22 enero 74).

Ya que la puesta a limpio no tiene traza de las modificaciones pedidas, parece que Verne ignora esta orden. En las galeradas, sin embargo, Hetzel vuelve a insistir: «Es preciso qu[e] [...] [Nemo] explique la donación de un tesoro por el uso que harán hombres como ellos» (29 sept. 74). Es posible que Verne no tenga

opción porque, en la versión publicada, esta unión elegante entre las dos novelas desaparecerá, sustituida por una caja de piedras preciosas, vulgares y desprovistas de sentido (III xx).

Ya vimos que el editor guarda sus intervenciones más tajantes para las páginas que provocarán mayor dolor: las del crescendo calculadas, sin embargo desde hace años, para manifestar, en este caso, la fuerza indomable de la naturaleza, que vence todos los esfuerzos de los colonos. La correspondencia muestra mejor las modificaciones deseadas:

Es importante que Nemo no muera sin saber lo que podría ocurrirle a la isla y es preciso que lo haya dicho a solas o dejado entrever a Cyrus. Lo verá en mis notas (22 enero 74).

Mi primera intención había sido también prevenir a los colonos a través de Nemo del peligro que corre su isla. Si no lo he hecho, es porque quería hacer del *Nautilus* el féretro de Nemo y que, en caso de un peligro próximo, no se comprendería que se hiciera desaparecer este *Nautilus* que es un barco ya hecho y encontrado. Hablaremos de ello [23 enero].

Hetzel intenta destruir, finalmente, el destino de Nemo y del *Nautilus*, y, al mismo tiempo, toda plausibilidad. Frente a la resistencia, pasiva, de Verne, finge olvidar su primera recomendación,

para poder volver mejor a ella, como si nada, en las galeradas:

[...] hay que hacer que Nemo haga una confidencia sólo a Cyrus, sobre la posibilidad de la transformación, quizá próxima, de la isla. Esto explica por qué Nemo no muere en soledad. Tenía un consejo que darles, de interés capital. / El asunto del cofre no bastaría para explicar que hubiera querido acabar con su vida de solitario, porque habría sido muy posible dejarles el cofre a mano, en su mesa [...] Cyrus [...] insistirá más en acabar el barco [...] No es necesario que diga usted al lector el secreto de esta confidencia de Nemo [...] Los otros respetan el secreto. / Cyrus sólo lo dirá en el último momento cuando quieren refugiarse [...] en el barco [...] Hay que salvar a Jup y al perro (29 sept.74).

El tío de la isla

Si las páginas III XVIII-XIX 168-173 de IM1 no se verán casi alteradas en el libro, no ocurre lo mismo con las últimas, que contienen de nuevo una escena desconocida:

Ayrton dijo con una voz al principio casi indiferente: / «¡Un barco!» / Tuvo que repetir varias veces esta palabra y adoptar un tono de voz imperioso, para que sus compañeros le prestasen atención. / Entonces les reanimó un supremo interés y pronto, todos

en pie en esta roca, gritaban: / «¡Un barco! ¡Un barco!» / Eran las ocho de la mañana. / *Un barco*, en efecto, *estaba a la vista*, y ¡a menos de ocho millas del arrecife! *Los desafortunados tenían que haberlo visto desde varias horas antes, si hubieran observado el horizonte*, si algo de esperanza los hubiera empujado aún a mirar a su alrededor. / Se veía un humo negro destacarse sobre el cielo, y el steamer, *forzando el vapor, parecía dirigirse a toda velocidad hacia el arrecife*. / Qué revolución se hizo entre estos desesperados, a los que aparecía la salvación en medio de las angustias de la muerte. Reencontraban fuerzas para llamar, para hacer señales [...] Si el barco hubiera virado de bordo en este momento, habrían caído muertos sobre la roca, como fulminados. Pero el steamer venía hacia ellos. No surcaba los mares a la aventura. *Este arrecife era una meta para él*, y una meta hacia la cual se dirigía sin desviarse lo más mínimo. / A las nueve ocho y media de la mañana, ¡el steamer estaba sólo a cuatro millas! / — ¡El *Duncan!* Gritó entonces Ayrton. / — ¡El *Duncan!* respondió Pencroff. Pero ¿quién puede xx? ¿Por qué? ¿por qué? ¿Os equivocáis! / — ¡El *Duncan!* repitió Ayrton. / Y cayó de rodillas. Sus compañeros lo imitaron. / ¡*Era el Duncan, en efecto!* [...] A las nueve, Cyrus Smith y sus compañeros estaban a bordo, y es fácil describir la acogida que

les hicieron estos generosos escoceses, cuando conocieron su historia. Un poco de comida, fresca y reconfortante, los había reanimado. ¡Sus fuerzas volvían! ¡Estaban salvados! ¡Ya estaban de vuelta! / «*Pero, capitán Robert [...]*»¹²

El pasaje, es verdad, parece un poco largo. Sin embargo, los sentimientos de los colonos al ver el barco, primero aparentemente indiferentes, después atreviéndose a esperar, así como el detalle de la hospitalidad de Grant, valían la pena ser conservados para la posteridad.

Las líneas originales de la conclusión casi no contienen trazas de los Estados Unidos, pero subrayan otra vez la impotencia del hombre ante las fuerzas naturales:

Quince días más tarde, los colonos desembarcaban en América. Y Ayrton, su compañero valiente y honrado, quiso quedarse con ellos. Y jamás podrían olvidar la isla Lincoln, a la que habían llegado, pobres y desnudos, que su ciencia y su inteligencia de todas las cosas habían civilizado, que, durante cuatro años, transformada por ellos, había bastado para sus necesidades, y de la que sólo quedaba un trozo de granito, tumba aislada del capitán Nemo, ¡sepultada con ella en el fondo de los mares! (IM1 III xx 174-175).

En este pasaje sobrio, Ayrton se queda con sus compañeros de aventura (como Altamont al principio). Hetzel ordena, dos veces más, un final feliz:

Tiene que añadir usted un [...] un capítulo conclusión de 3 páginas [...] Fundarán un pequeño Estado donde usted quiera [...] nos los mostrará unidos como los dedos de la mano en una América pacificada (22 de enero de 1874).

Para la colonia de la conclusión de *La isla misteriosa*, estaría bien dar al país donde se fundará algo análogo a la configuración de la isla desaparecida [mediados de sept. 74]

Verne obedece, en el momento de las galeradas, dejando ver su decepción ante la irrealidad de transferir la isla al Medio Oeste, que ya no será misteriosa, ni tampoco insular: «Les volveré a colocar su isla en tierra firme en América» [18 sept. 74]. El final del libro tendrá efectivamente las ideas de Hetzel, más de 300 palabras están añadidas a las galeradas, entre ellas numerosos pensamientos moralizantes:

Volvían a encontrar su patria pacificada, después de esta terrible guerra que había traído el triunfo de la justicia y del derecho [...] Allí, en esta propiedad, los colonos llamaron al trabajo, es decir a la fortuna y a la felicidad, a todos aquellos a los que habían pensado ofrecer la hospitalidad de la isla Lincoln. Allí

¹² IM1 III xx 173-174. Cf. IM2 III xx 166, donde ocho últimas líneas copiadas están escritas en el margen, cubriendo la traza del lápiz de Hetzel.

fue fundada una amplia colonia a la que dieron el nombre de la isla desaparecida en las profundidades del Pacífico. Allí había un río al que llamaron el Mercy, una montaña que tomó el nombre de Franklin, un pequeño lago que se llamó el lago Grant, unos bosques que fueron los bosques del Far West. Era como una isla en tierra firme [...] ¡Sólo quedaba un pedazo de granito batido por las olas del Pacífico, tumba de quien fue el capitán Nemo! (III xx).

Conclusión

Verne parece dejar de lado las modificaciones sugeridas en enero de 1874; pero Hetzel vuelve con sus peticiones en septiembre, obteniendo esta vez satisfacción. Al evaluar las versiones sucesivas de IM y las intervenciones repetidas del editor, una parte de las conclusiones se deduce directamente, ya que tenemos acceso a las evidencias: una desaparición, lamentable, de las enfermedades respectivas de Ayrton y de Harbert y una alteración brutal de los capítulos finales, bien sea la historia de Dakkar, su muerte o la conclusión de la novela.

Verne ha entregado su corazón y su alma en su robinsonada, que representa para él el núcleo conceptual de los *Viajes extraordinarios*. Hetzel no aprecia el segundo manuscrito de OR,

precisamente, porque hay demasiadas aventuras y no bastantes conocimientos científicos; más tarde, sin embargo, en sus comentarios sobre IM, parece que encuentra, al contrario, demasiada ciencia. Sería difícil excluir la posibilidad de que, a este respecto, Verne hubiera sobrereaccionado frente a los comentarios, pero por lo menos Hetzel debería tener la honradez de confesar la incoherencia de sus palabras.

Si sus ideas tienen un hilo conductor, es su persistencia en querer cambiar a Nemo — lo que muestra que no lo entiende. La opinión de Verne en cuanto a los ataques repetidos sobre su carácter más complejo debe, podemos imaginar, compararse con la reacción asombrada de Cyrus Smith ante la tela cortada sin razón. Ante las inserciones de Hetzel, Verne ya no se siente capaz de resistir y renuncia a intentar mantener la coherencia, incluso en las fechas¹³ o en los personajes. Es posible que la utilización de las tintas gris, roja y azul constituya un medio de distinguir por lo menos las etapas sucesivas de las modificaciones más o menos forzadas.

¹³ Ciertas contradicciones en las fechas deben atribuirse a las modificaciones repetidas del editor, ya que una coherencia completa habría sido difícil de establecer en tales condiciones. Pero muchas de las incoherencias quizás podrían ser deliberadas. Algunas parecen constituir un desafío decepcionado a la injerencia hetzeliana, como si Verne ya no tuviera ánimos para enfrentarse a las múltiples confusiones importadas por el editor.

Es posible incluso que el autor llegue no sólo hasta poner de realce, de manera deliberada, los cuerpos extraños que flotan en su prosa, sino también hasta multiplicar los absurdos por voluntad propia, en una protesta angustiada frente a su impotencia. Nuestra exploración de los orígenes de esta obra maestra — que se parece a una perla, contaminada desde el interior, pero brillante bajo una apariencia pulida — ha subrayado, en suma, varias razones para aceptar difícilmente la obra en su versión publicada. Porque el Nemo/Dakkar conocido no es el que Verne desea crear, su destino está falsificado, y, por consiguiente, el de los colonos, y de esta manera el sentido de la novela entera. A la ambivalencia y a la ironía que empiezan a invadir la obra de Verne en los años 1870, hay que añadir pues nuestro propio escepticismo frente a cada sentimiento y

a cada acción en *La isla misteriosa*, sobre todo aquellos piadosos o nobles. Detrás de cada episodio y de cada frase se perfila toda una línea de sosias sombríos, como los fantasmas de Macbeth, que se remontan a la correspondencia con Hetzel, a los cuatro manuscritos de *La isla misteriosa* y de *El tío Robinson*, e incluso a *Veinte mil leguas de viaje submarino*, a su correspondencia interminable y a sus múltiples manuscritos.

En lo que se refiere a los capítulos finales, en particular, hay que rechazar como a bellas infieles el episodio de Iowá y los falsos sentimientos religiosos, para guardar en memoria la palabra de Nemo moribundo: «¡Independencia!»

Este texto —al igual que el de la primera parte del artículo publicado en *Mundo Verne* # 27— ha sido traducido al español por Danielle Cornic a partir del original en francés.

Puis, et évidemment fait de ce qui restait de l'île haidy, de cet
 insule qui devait donner figure sur les cartes du Pacifique.
 à donner l'ordre de voir le bord.
 Quant je me suis aperçu, les choses s'avançant en Amérique;
 Clément Aytes, leur compagne couraue et honnête, y voulut
 s'immiscer avec eux. Et j'aurais dû en dire un mot à cet
 de haidy sur laquelle ils étaient arrivés, pauvres et nus, que leur femme et leur intelligence de toute façon
 de leur intelligence, leur sagesse, mais ils n'ont pas, qui pendant quatre ans, m'ont servi pour eux, avec l'effi à leur honneur,
 mais sans s'être mélangés à leur honneur. — Et sur il
 et restait plus immédiatement qu'un morceau de granite, tandis qu'ils étaient
 à capitaine à venir, est couronné avec elle au fond du monde!

Fin de la 3^e et dernière partie.